

gais el indulto, el comandante Riviere no le aceptará!

—¡De veras!—dijo la señora de Farges.—¿Es acaso un espartano?

—Casi, casi.

—¿Y qué nos importa que acepte ó no el indulto despues que el emperador lo haya concedido? Supongo que vuestro lacedemonio no llegará hasta el punto de reclamar el piquete de ejecucion. Y además, como marido engañado, desea la muerte... pero hallando á la que ha amado...

—Y á quien ha perdonado, pero á la que no volverá á ver jamás. Hace poco os dejé concebir la esperanza de reunirlos... ¡pero es un sueño irrealizable!

—¿Pero realmente no tiene nada de humano vuestro comandante Riviere? ¿Ya no ama nada en el mundo?

—¡Ama dos cosas que para él no son más que una: la libertad y la Francia!

—Que viva, pues, para la Francia, y tambien, y esto es lo que le hará aceptar el indulto, que viva para el odio que debe tener al marqués de Olona. Vamos, coronel, veré al emperador, le hablaré, le seduciré, y obtendré el indulto del comandante Riviere, que podrá, si quiere, saciar en seguida su venganza! ¡Yo no me opongo á que mate ó se haga matar por el marqués de Olona; lo que no quiero es que vos, coronel, arriesgueis contra ese italiano una vida gloriosa, por la que ha sido preciso implorar, no á Napoleon, sino á quien es más poderoso que el emperador, y que nos la ha concedido, ¡á Dios!

—¿No quereis que arriesgue mi vida contra ese hombre?—preguntó Solignac.

—¡Seguramente que no!

—¿Y por qué?

Solignac esperaba la respuesta con una angustia que le oprimia el corazon, experimentando un dolor agudo, pero que no carecia de encantos.

—¿Por qué?—repitió Luisa de Farges bajando la voz, conmovida á su vez y tratando de conservar el tono de conversacion indiferente que habia tenido hasta entonces.—Porque apenas estais curado... porque... sin duda... una lucha... y además... porque el doctor Dupuytren...

Detúvose, como un momento antes, mirando detenidamente á Solignac. Sus ojos negros se fijaron en los azules del coronel, é instintivamente sus preciosas manos iban como atraidas hacia las manos del joven.

—No—dijo Solignac en voz baja con voz cariñosa y varonil,—no es por eso, ¿no es verdad? ¡No es por compasion, no es porque mi vida está suspendida de un hilo á causa de esa herida siempre mortal, no es por eso! Es porque sabeis que esta vida os pertenece toda entera, que querria darla á una señal de esta mano que tengo entre las mias; es porque sabeis que quiero vivir para vos, que os pertenezco y que os amo.

—A medida que hablaba, Luisa, cuya fisonomía acostumbraba á ser risueña, se fué poniendo seria y pálida, y sin decir una palabra, lánguida y como sucumbiendo al peso de una pro-

funda emocion, dejó caer la cabeza sobre el hombro de Solignac.

Y el coronel, que seguía estrechando las manos de la condesa, acercó suavemente sus labios á los hermosos párpados cerrados de Luisa y besó sus ojos, mientras que le parecía que una voz agonizante murmuraba estas palabras, oídas tantas veces en las horas de aventuras, pero que creía comprendsr por primera vez.

—¡Te amo!

La prueba era demasiado fuerte para aquel pobre corazón destrozado. Solignac lanzó un grito ahogado, levantóse bruscamente y se apoyó vacilante sobre un mueble.

—¡Dios mio! ¿qué teneis? — exclamó Luisa asustada.

—Nada — contestó. — ¡La dicha también hace daño!

Y tratando de sonreirse, añadió:

—Es el corazón... Teneis razón, Luisa: mi vida depende de un soplo, y debo ser avaro de ella... ¡Ah, y sin embargo, qué feliz soy!...

Habia vuelto á coger una de las manos de la condesa y se la estrechaba.

—Voy á marcharme. Un poco de reposo, y este dolor se disipará. ¡Ah, qué agardable dolor! ¡Qué amado dolor!

La jóven quiso detenerle, pero Solignac sentía el inquieto deseo de estar solo para disimular su sufrimiento físico y para saborear la alegría de su alma.

—¿Y si os sucede algo en el camino?

—¡No temais! No se muere nadie de alegría.

Estampó un último y apasionado beso sobre la mano que Luisa le alargaba y partió dirigiéndola, no una palabra de amor, sino el nombre de su amigo:

—¡Riviere! ¡No le olvideis!

—Os lo juro—respondió Luisa.

Y en aquel juramento habia como un sobrentendido embriagador «¡Os juro que os amo!»

Solignac creyó que se volvía loco. No podía respirar, y la sangre latía más precipitadamente en su pecho.

Castoret, que no ignoraba de dónde venia su coronel, le preguntó al verle tan turbado:

—¿Qué, ha sucedido alguna desgracia?

—No, al contrario.

—¿Una dicha?

—¡La más grande de mi vida!

Marcial, que la adivinaba, acarició suavemente la punta de su bigote.

—Catissú también me ha dicho que me amaba—se dijo.

Y mientras que Solignac, quitándose la levita, permanecía sentado en una butaca, con las dos manos apoyadas en el lado izquierdo como para impedir que su corazón latiese y se destrozase, añadió *in petto*:

—¡Son el demonio las mujeres! Siempre han de causar daño á los hombres. Si son malas, os hacen rabiarse, y si son buenas, os producen palpitations é inquietudes. ¡Ah! *fé di Di*, sin duda; ha sido una bonita invención... pero muy peligrosa.

* * *

La condesa de Farges estaba perfectamente informada cuando anunció la próxima entrada del emperador en París. Napoleón llegó el 26 de octubre á Fontainebleau, en donde se instaló con toda la corte. Por un momento la condesita tuvo la intención de ir allí á pedir al César lo que pertenece al César: el derecho de indulto. Pero la habían informado de que Napoleón no se ocupaba más que de asuntos políticos, hablando largamente con Cambaceres, tanto que á la misma emperatriz Josefina le había sorprendido la frialdad de su marido. ¿Por qué el emperador, después de una campaña feliz, se mostraba sombrío y algo intranquilo? Se ignoraba.

—Lo que me parece seguro—pensaba Luisa—es que conseguiré más fácilmente en las Tullerías que en Fontainebleau, el indulto del comandante Riviere.

Este no corría peligro alguno en la demora. Claudio Riviere vivía en su asilo sin que la policía sospechase que habitaba tan cerca de ella un hombre acusado de conspirar contra la seguridad del Estado. No era solo el comandante el que en aquellos momentos escapaba á los agentes de Fouché; en otro rincón de París existía un general proscrito, oculto hacía bastantes meses en el fondo de un antiguo claustro. Víctor Hugo, de quien fué padrino, nos ha contado su his-

toria. Se llamaba Lahorie, y su refugio era el convento de las Feuillantines.

Claudio Riviere le conocía. Lahorie, como Guidal, Malet, Oudet y Riviere, quería devolver la libertad á su país. Todos estos militares habían hecho de antemano el sacrificio de su vida. El comandante esperaba ahora con una impaciencia febril, la señal que debía darle Bernardo Thévenot.

—Hasta muy pronto—había dicho Varus—y Claudio sentía la angustia profunda que precede á la hora de la lucha. Sentíase conmovido, no por miedo, que él no lo conocía, sino ante la sola idea de que la emancipación se acercaba. Y aquella emoción y aquella angustia duraba ya hacía varias semanas, sin que Riviere oyese la voz de su compañero de esperanza gritarle: ¡Adelante!

Pasaban los días y las semanas, y Riviere permanecía en acecho, por decirlo así, y como olvidado.

Napoleón se disponía á volver á París. ¿Qué esperaban? ¿Qué sucedía? ¿Habría hallado la policía huellas de la conspiración? Todas estas interrogaciones se dirigía Claudio Riviere sin obtener contestación.

La llegada de Napoleón había sido la señal de numerosas fiestas particulares. Cada uno de los grandes dignatarios del imperio aspiraba á la honra de dar, durante algunas horas hospitalidad al vencedor de Wagram.

Se había pensado en una fiesta griega en el Pequeño Trianon, en donde habitaba entonces la princesa Berghese.

En la relativa libertad de una de estas fiestas era en donde Luisa de Farges pensaba sorprender al emperador; pero aquellas reuniones de la antigüedad, se suspendieron.

—Esperaré—dijo Luisa á Solignac.

No tuvo que esperar mucho tiempo. El príncipe de Newfchatel convidó al emperador, á la emperatriz y á la corte, á una partida de caza, seguida de una representacion teatral en Grosbois, la *Chi pre* moderna, que habia habitado el dictador Barras.

La condesa de Farges estaba invitada, así como el coronel Solignac, que por primera vez despues de su herida, vestia el elegante uniforme de los húsares de Berchemy.

Cuando, despues de la cena, el emperador con aire fastidiado y desagradable entró dando el brazo á Josefina, en el salon en que Berthier habia hecho levantar el teatro, la primera cara que vió fué la de Solignac.

Napoleon estaba indudablemente preocupado; pero la presencia de su *hermoso coronel* á quien habia estado á punto de perder, hizo aparecer una ligera sonrisa en su rostro amarillento y ceroso.

—¡Ah!—le dijo—¿sois vos, coronel? Invulnerable en el Danubio y en el Rhin, ¿habeis estado á punto de espirar á orillas del Sena?

—Mucho hubiera sentido morir por otra causa que la vuestra y la de la Francia.

El emperador se sonrió: la respuesta le habia agradado.

—Estais muy pálido todavia, coronel.

—Me hallo apenas restablecido.

—¿Quereis que os mande á Corvisart?

—Doy las más expresivas gracias á Vuestra Majestad, pero mi mejor doctor, por hoy, es el tiempo.

—Pues cuidaos mucho, porque aun tenemos batallas que ganar juntos, y acordaos de que sois el que más quiero entre mis oficiales—dijo el emperador.

Y siguió andando.

Entre los oficiales y dignatarios que le oyeron, unos parecieron despechados y otros rodearon á Solignac fingiendo nuevas protestas de amistad.

El emperador y Josefina se colocaron frente al escenario, rodeados de los príncipes, princesas, estado mayor de oficiales generales y mariscales de ayer, ó reyes en perspectiva. Las damas de honor, contra la costumbre, demostraban frialdad hácia la emperatriz.

La señora de Farges, sentada no lejos del emperador, habia ya recibido de él la sonrisa y el saludo particularmente amable que nunca negaba á la condesa Luisa. Pero una sonrisa era poca cosa, cuando se trataba de la vida de un hombre.

—¡Vamos—se dijo la condesa,—aguardemos hasta el final de la pieza y contemos con Brunet!

El actor Brunet, aquel tipo maravilloso de la imbecilidad que se hizo legendario creando el Jocrisse, iba á representar la bufonada del autor de *vaudevilles*, Aude, *Cadet-Roussel*, *profes-*

de declamacion. El chambelan señor de Saint-Cyr habia escogido la pieza en que la señorita Flora, entonces esbelta y encantadora, representaba con Brunet.

El teatro improvisado en casa de Berthier, era pequeño, y los actores se hallaban casi cara á cara con los espectadores. Alargando un poco el brazo, *Cadet-Roussel* hubiese podido tocar al César. El emperador estaba inquieto. Hubiese sido preciso desplegar diez veces más talento que en el escenario de Variedades, para divertirle tan de cerca.

—¡Con tal de que Brunet le divierta!—pensaba Luisa.

La pieza comenzó. Flora representaba sola la primera escena, y la pobre muchacha temblaba intimidada.

—Es muy agradable—dijo Josefina al emperador.

—Sí—contesta éste con el tono de un hombre cuyo pensamiento se hallaba muy léjos de allí. Y al cabo de un momento:

—Pero ¿no sale Brunet?—dijo casi en voz alta. Quería á Brunet, que era su bufón.

El comediante oyó aquellas palabras entre bastidores, y salió precipitadamente, tropezando con la puerta y soltando la vacia y una caja de polvos. Al bajarse para recoger esos *accesorios*, dejó caer su enorme sombrero de *Cadet-Roussel*, que fué á parar á las rodillas de Cambaceres.

El archicanciller, enojado, arrojó con mal humor al escenario el sombrero, que fué á dar

en mitad de la cara al cómico llamado Hugot.

Pero eso no importaba; el emperador se habia reido por aquel incidente; le agradaba más que la pieza.

Todo el mundo se creyó en el deber de reir, puesto que el emperador estaba contento. Solo Cambaceres permaneció disgustado.

—¡Ha debido elegirse otra pieza!—dijo con tono regañon á Regnault de Sain-Jean-d'Angély.

—¡Y por qué, si esta agrada al emperador?

La pieza continuaba. De repente, una palabra inesperada resonó en el teatro: la palabra *divorcio*.

¿Un divorcio? Uno de los personajes del *vau-deville* era el que hablaba á *Cadet-Roussel* de un divorcio posible con Manon, su mujer.

¡Un divorcio! Y Brunet en el papel de *Cadet-Roussel* contestó al momento:

«¿Creeis acaso que yo me he casado solo por placer? No; ha sido por algo más sólido; para que no se concluya mi raza, para verme reproducido, para tener sucesores...»

Luisa de Fargés se quedó estupefacta al ver el efecto que produjo esta frase. Parecia que el más crudo cierzo habia soplado repentinamente sobre el auditorio.

La emperatriz habia ocultado detrás del abanico su rostro, horriblemente pálido. El estupor reinaba en la sala y solo Cambaceres parecia querer sonreir irónicamente, como si le hubiesen vengado del ridículo incidente del sombrero.